

Dignidad humana y compromiso

Sebastián Mora Rosado

Secretario General de Cáritas Española

(El presente texto es una transcripción de la conferencia pronunciada por Sebastián Mora en las Jornadas “Espiritualidad para un mundo en emergencia”, organizadas por CONFER en febrero de 2010)

1. Apertura para una búsqueda.

“Y Dios estaba fuera de la ciudad” (Ex 33. 7)

Muchas gracias por la invitación a compartir mis experiencias, reflexiones y vivencias respecto al profundo tema de la dignidad humana y el compromiso. En primer lugar, quisiera comenzar con un recuerdo: hace muchos años, era yo todavía un chavalín, una de las primeras intervenciones públicas que tuve fue en esta sala, en unas Jornadas de Inmigración cuando colaboraba con la Delegación de Inmigración de la Diócesis de Madrid. Entonces fue una osadía para mí sentarme aquí, al hacerlo hoy, la densidad del momento me trae emocionados recuerdos de mi historia. Mirando al público, veo muchas caras conocidas que han formado parte de mi historia y que de alguna manera me han hecho ser lo que soy. Yo no creo que la persona se haga a sí misma, sino que las personas nos hacemos los unos con los otros y somos dependientes los unos de los otros. Veros hoy aquí también me constituye y reconforta.

Dicho esto, adentrémonos en el tema que nos ocupa hoy, y nos debería preocupar siempre: dignidad humana y el compromiso. Para comenzar, de manera propedéutica, es importante situarnos en el contexto que vivimos. Hay algo absolutamente evidente hoy y es que el futuro que vayamos construyendo “carece de marcas de certeza”, como dice Lefort. No podemos profetizar el futuro con seguridad. Los profetas del futuro han muerto. Hoy, el futuro se nos presenta mucho más abierto que en cualquier época de

nuestra humanidad. Los conocimientos, los medios, las técnicas no nos aseguran una certeza en lo que vendrá. Aventurar el futuro resulta cada día más complejo y difuso. Dice Giddens, uno de los “sociólogos del riesgo” que “vivimos en un contexto de incertidumbre fabricada”, un mundo en el cual domina la incertidumbre que nosotros mismos generamos. Esto es evidente en el mundo tecnológico, en el bioético, en el político... Tratando de solucionar un ámbito de la realidad generamos riesgos diversos en otros órdenes de la misma.

Hace muchos años, Carl Smitt, un filósofo político muy maquiavélico, decía que había dos tipos de procesos sociales. Por una parte, los del ámbito de la tierra: el derecho, lo normativo, lo que podemos prever. Por otra, el ámbito marítimo; el de lo imprevisible, lo líquido difícil de domesticar. Esto que él decía a principios del XX, hoy por hoy es una realidad. Vivimos en el mar. No tenemos certidumbres en el orden sociológico, político, económico, etc. Todas conoceréis la expresión de Z. Bauman que tan popular se ha hecho: la modernidad líquida. La realidad hoy no es sólida como para agarrarla. Es ahí donde tenemos que situarnos.

Normalmente vivimos la realidad clasificándola en polaridades de diverso signo. Ante el pensamiento único neoliberal, lo que planteamos es el contrapensamiento. Y el contrapensamiento también es único. Pero vivimos un momento en que lo blanco y lo negro no existe, sino que nuestro compromiso será un ir transitando por caminos complejos de un lado a otro. Las “ideas claras y sencillas” no existen en el sentido sociológico y político del término. No existen rutas, existen cartografías. Y, sin embargo, todo nuestro pensamiento, espiritualidad, religiosidad y ordenamiento... está hecho para vivir en la tierra y no en el mar. Este es el primer cambio, a mí entender fundamental. **La esperanza del futuro va a estar construida por infinidad de personas que vayan construyendo pequeñas utopías. El futuro no va a ser un canto monocorde de unos cuantos, sino un canto polifónico compuesto por muchas voces, muchas sensibilidades, muchas tonalidades que tendremos que ir descubriendo.**

¿Qué significa esto para nosotros teologalmente? Lo voy a expresar con una frase: “Y Dios estaba fuera de la ciudad” (Ex 33,7). Sabéis que, bíblicamente, “fuera de la ciudad” es un lugar de incertidumbre y de ambigüedad. Fuera de la ciudad era donde estaban los

excluidos de la época, los endemoniados, los leprosos y también el lugar del sacrificio, del sacrificio puro: Jesús camina toda su vida fuera de la ciudad y muere fuera de la ciudad. Jesús vive su vida “fuera de la ciudad”, “fuera del campamento”, fuera de las certidumbres sociales, porque vive entregado al Padre. Jesús no vive en lo sólido. Jesús vive en el terreno del mar, (siguiendo esa metáfora que antes mencionaba).

Por lo tanto, la primera consecuencia para una espiritualidad en este mundo en emergencia desde el compromiso con la dignidad humana, la expresaríamos con la frase de la Carta a los Hebreos: “Así pues, salgamos donde él, fuera del campamento, cargando con su oprobio” (Hb 13, 13). El primer aspecto de esta espiritualidad nos llama al exilio. Y esto nos supone a nosotros transitar fronteras. Hace poco tiempo, en la Iglesia hemos vuelto a hablar de fronteras. Con la carta de Benedicto XVI sobre el lugar que la Compañía de Jesús tendría que ocupar en la Iglesia y la primera homilía del nuevo Prepósito General de los jesuitas hemos vuelto a retomar la dinámica del “Transitar las fronteras” (creo que un número de la Revista Sal Terrae lleva este título). Y, por tanto, la primera llamada es a irnos a otros espacios e irnos de otras maneras. A emprender un exilio material, físico, pero también mental y espiritual.

Esta mañana, preparándome para este encuentro, leía esta pequeña poesía que todos vais a reconocer y que dice: “Para venir a lo que no gustas, has de ir por donde no gustas. Para venir a lo que no posees, has de ir por donde no posees. Para venir a lo que no eres, has de ir a lo que no eres.” Cuando San Juan de la Cruz comparte esta experiencia está escribiendo para nosotros. Para ir donde no sabemos, debemos ir por donde no sabemos. Y yo creo que nuestros exilios siempre los hacemos con infinidad de seguridades. Vamos donde yo quiero, donde yo sé, donde yo soy alguien y donde voy a pintar algo. Y el exilio del cristiano es ir a donde no sabemos para estar con El que todo lo sabe.

Os voy a poner un ejemplo que es muy cotidiano para mí en el trabajo. Cuando voy a algún proyecto y pregunto: ¿cuáles son vuestros principios en este proyecto?, muchas veces me responden que la acogida incondicional, la apertura, el acompañamiento a los otros... Y después vas al día siguiente y ese proyecto de “acogida incondicional” donde todos tienen que caber tiene una cola de cien personas en la calle. Niego mis límites, mis

incapacidades, me niego a organizar (maldita técnica), a poner límites...Pero seguimos diciendo que hay que acoger a todo el mundo. En realidad, en estos casos mostramos que lo importante es que se cumpla mi principio y no que la gente se sienta acogida. Lo esencial es que me cuadre mi discurso y no adaptar mi discurso a la realidad de la gente. Al final, de alguna manera, lo importante es lo que yo pienso, lo que yo digo y lo que yo hago. Y trascender ese "yo" es uno de esos ejercicios que decimos que hacemos pero que, normalmente, nunca cumplimos. Porque es fastidiado. Os cuento una anécdota de hace muchos años: cuando yo empecé en una casa de acogida a enfermos de sida, había un cuerpo de voluntarios y voluntarias que estábamos por allí. Una de las voluntarias estaba muy disgustada porque las personas, cuando entraban en la casa venía a deshoras, no sabía comer, no tenía bien ajustado su horario... y decía: ¡Es que hay que obligarles! Entonces, yo le planteé un pequeño reto. Le dije: "Mira, vamos a hacerlo al revés. Tú normalmente te levantas por la mañana, te duchas, haces tu rato de oración, desayunas ¿no?... Pues a partir de mañana yo te voy a poner los horarios, vas a hacer lo que yo te diga. Vamos a hacer ese juego". Y aceptó. Al día siguiente se levanta y va a buscarme. Y yo le digo: "No, no, quédate un rato más acostada, que todavía no toca". Fue y se acostó. No se atrevía ya a levantarse. Al rato fui: "¡Venga ahora a levantarte!". Me preguntaba: "¿Me ducho?". Yo le contestaba: "No, no. Ahora vístete, para qué te vas a duchar". "Es que..." "No, no. No te duches". "¿Vamos a desayunar?" "No, ahora vamos a dar un paseo"... Estuve dos días descompasándole todos sus horarios y seguridades. Al final me dijo: "No puedo". Yo le contesté: "Pues no les obligues a los demás a poder sin proceso y acogida". No seas tú el centro del proceso desde tus seguridades, ábrete a los otros, ábrete al Otro. Yo he trabajado mucho en el ámbito de las drogodependencias y si yo hubiera tenido problemas de adicción, no hubiera aguantado ninguno de los programas que yo mismo les he hecho pasar a las personas adictas.

Por lo tanto, lo primero es salir del "yo". Y eso significa deconstruir nuestro lenguaje, nuestra presencia, nuestras seguridades, nuestro suelo nutricional. Dejarnos romper. Y no en una irreflexión o un sentimentalismo vago, sino con cierta racionalidad. Pero deconstruir. Quizá, aquello que decía la Santa de Ávila: "Vivo ya fuera de mí, porque vivo en el Señor que me quiso para sí". "Vivo ya fuera de mí" ¡Qué palabra tan cristiana, tan acorde con

el compromiso y la dignidad humana! Porque, como luego veremos, el compromiso no es “mío”. El compromiso es vivir fuera de mí.

2. *Los “discursos de la dignidad”*

“...como el viento mi dignidad es arrastrada...” (Job 30,15)

Desde este suelo de cierta complejidad, acuoso, líquido, de salir uno de sí mismo es desde donde se nos presentan los distintos discursos de la dignidad. Hay muy distintos discursos sobre la dignidad. Nunca en la historia de la humanidad hemos hablado tanto de dignidad y nunca en la historia de la humanidad la dignidad ha sido tan arrastrada o tan vituperada. Hablar mucho de la dignidad no significa que esta sea apreciada.

Anoche estuve viendo el programa “Callejeros” (de Cuatro), que trataba sobre el ruido. Y un señor hablaba sobre la dignidad y el ruido de una manera muy contundente: con ruido no hay dignidad. También ayer, cuando volvía para Madrid en avión, había una cola muy larga esperando a embarcar. Y un pasajero decía: “Esto no es digno”. Prácticamente en todas las facetas de nuestra vida esta presente esta palabra: ¡qué poco digno iba vestido! Entonces ¿qué es la dignidad? Sobre la dignidad se hace, muchas veces, un discurso vacío y demagógico que vale para cualquier cosa: para el ruido, para el vestido, para una cola... con lo cual la dignidad queda muy devaluada.

Pero además, cuando hablamos de dignidad estamos hablando de cosas muy distintas. Hay un libro de F. Torralba que se llama *¿Qué es la dignidad humana?* El habla de tres ámbitos de reflexión: teologal, ontológica y ética. No me voy a meter en ello, pero si destaco la idea de que hablar de dignidad humana expresa un modo de entender a la persona, es hablar de qué supone lo humano.

Desde aquí nos preguntamos: en el ámbito del compromiso con la exclusión ¿qué significa hablar de dignidad? Yo creo que aquí hablamos de dignidad en varias dimensiones: si pensamos, por ejemplo, en personas inmigrantes en situación administrativa irregular, seguramente todos podríamos decir que son personas a las que hemos arrancado la dignidad. Pero también todos tenemos experiencia de estar conviviendo con esas personas

y ver qué alta dignidad tienen, qué capacidad de salir adelante, de ir acompañando en el camino a otras personas, la valentía de haber salido de su tierra, su nivel ético. Por lo tanto, la misma no-dignidad parece que produce dignidad.

En la parábola del buen samaritano, de alguna manera surgen estas dos lecturas. ¿Quién es el prójimo? El que tiene la dignidad arrastrada, el de la cuneta. ¿Quién es el que no tiene dignidad? El que pasa de largo. La dignidad, también la nuestra, la encontramos en el compromiso con el otro y desde el otro.

Cuando en este mundo mil millones de personas pasan hambre, evidentemente ahí la dignidad humana es vulnerada. Pero cuando en este mundo, mil millones de personas pasan hambre y otros cuantos nos hinchamos de comer, nuestra dignidad también está agarrotada. Nuestra dignidad la encontramos en el compromiso, en el compartir. La dignidad no es algo individual, sino comunitario-colectiva. Es el pueblo que se pone en camino y va recuperando su dignidad. Esto es tremendamente importante porque si no, no vamos a salir de este esquema de “yo te salvo a ti”, “yo soy el que tengo dignidad y tu dignidad está rota porque eres pobre. Por eso yo te doy dignidad”. Ante esto ¡cuidado!, que tu dignidad también está rota. Y, de encontrarla, la vas a encontrar en el compromiso. El camino hacia la dignidad es aquel que pone dignidades rotas por distintos motivos en camino.

3. *Los espacios abiertos:* “Como tú me has enviado al mundo, yo también les he enviado al mundo” (Jn, 17,18)

Fuera del mundo no hay salvación. Y a dónde somos enviados es al mundo. La dignidad de lo humano y el compromiso con lo humano se juega en el mundo. Eso significa que tenemos que profundizar en nuestro ser creyente desde nuestra presencia en el mundo. No se trata de ser muy creyente e ir, después, al mundo. Sino de profundizar en nuestro ser creyente desde nuestra presencia en el mundo. Y profundizar en nuestra presencia en el mundo desde nuestro ser creyente. Muchas veces seguimos separando la historia sagrada y la historia profana y esto nos juega muy malas pasadas. El ejemplo que suelo poner es cuando vamos de Ejercicios Espirituales y decimos: “He ido a cargar las pilas”. Y el resto del año ¿qué haces, descargarlas? Ahí mostramos esa dicotomía: una cosa es lo

sagrado, donde cargo las pilas y otra, el mundo, donde las desgasto. Sin embargo, la cuestión está en radicalizar nuestro ser creyente desde el mundo, y radicalizar nuestro ser mundano desde la fe. Yo creo que esa es la esencia de lo cristiano. En definitiva, esa es la esencia de la Encarnación. La lógica de la encarnación es la de meternos en el mundo para trascenderlo y trascender el mundo para meternos mucho más en él. Es una lógica compleja, contradictoria, pero es la lógica de lo cristiano. Es la lógica de la Cruz. Y de la Creación. No hay dos historias. Y esto hoy es radicalmente importante. No hay una espiritualidad fuera del mundo, sino una espiritualidad en el mundo.

Desde ahí, es importante darnos cuenta de que el compromiso no es algo que hago para demostrar lo que soy. Tenemos una comprensión del compromiso muy curiosa: yo me hago persona, me hago muy comprometido y después hago cosas. No. El compromiso es hacerse persona estando en el mundo. Por eso decía Mounier que, antropológicamente, todos estamos comprometidos. La persona no puede estar descomprometida. Es verdad que hay muchas personas que no hacen nada, me diréis. Pero eso es una manera de compromiso. Antropológicamente, todos estamos construyéndonos. No hay un antes donde me hago, y un después donde me comprometo. No hay un antes donde rezo y un después donde actúo. No hay un antes donde pienso y un después donde actúo. Sino que la vida es pensamiento en acción, ser contemplativos en la acción y estar en el mundo trascendiendo el mundo. Desde aquí os propongo un camino, muy sencillo.

3.1. Aprender a mirar , aprender a vivir

“Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: «No llores.»” (Lc 7, 13)

Decía Benedetti: “Todo es según el dolor con que se mira”. El valor de la mirada va a dar el valor de nuestro compromiso, de lo que hagamos, propongamos y construyamos. Así, quiero señalar cuatro elementos básicos para educar la mirada:

Ser conscientes de nuestra ceguera y de nuestras vulnerabilidades. Esto es urgente y esencial. Por el hecho de llevar 20 años en el mundo de la exclusión no lo sé todo, ni tengo la visión única y, en muchas cosas, tampoco tendré la visión correcta.

Esto en la vida espiritual lo tenemos muy claro. Las personas de espiritualidad ignaciana dirían “estoy en segunda semana”, por eso hay que tener cuidado al ir de bien en mejor subiendo en la vida espiritual. Sobre las personas que van creciendo en la vida espiritual dice San Juan de la Cruz en Subida al Monte Carmelo : “Y de aquí nace cierta gana, algo vana, y a veces muy vana, de hablar de cosas espirituales delante de otros y más de enseñarlas que de aprenderlas”.

En el ámbito de lo social, pasa lo mismo y caer en la cuenta de esto es una urgencia. Es muy curioso que haya personas, por ejemplo en la Vida Religiosa, que llevan toda la vida en un colegio. Se jubilan y van a un proyecto social. Al segundo día ya los saben todo y no tienen nada que aprender. Para aprender a mirar, primero tenemos que reconocer nuestras cegueras, lo que no vemos. Y estar más dispuestos a aprender que a enseñar.

El segundo elemento para educar la mirada es aquello que decía San Ignacio: “No el mucho saber harta y satisface el ánimo, sino el sentir y gustar de las cosas internamente”. No el que lee muchos libros ni el que sabe mucho es el que puede descubrir los rumores del Espíritu en ámbitos de exclusión sino aquel que sabe gustar y sentir, que sabe hacer experiencia de Dios de su contacto con las personas que viven la exclusión.

Muchas veces, leemos el ámbito del compromiso como un ámbito ético, de obligación o de opción personal. Y no un ámbito de **experiencia profunda del Dios de Jesús**. No hay cosa que haya hecho más daño al mundo de la exclusión que el voluntarismo ético de muchas personas comprometidas con el mundo de la exclusión. Eso de “Yo voy allí a salvar, a comprometerme, porque mi congregación ha hecho la opción...”. Si no hago experiencia de Dios en este contexto de exclusión no estaré escuchando los rumores del Espíritu.

De aquí surge una necesidad de **unir experiencia con reflexión**. Saber mirar el mundo también es reflexionar. Os voy a leer un trocito de Cáritas in Veritate “De aquí la necesidad de unir no sólo la caridad con la verdad, en el sentido señalado por San Pablo de la «*veritas in caritate*» (Ef 4,15), sino también en el sentido, inverso y complementario, de «*caritas in veritate*». Se ha de buscar, encontrar y expresar la verdad en la «*economía*» de la

caridad, pero, a su vez, se ha de entender, valorar y practicar la caridad a la luz de la verdad”

De cómo articulemos reflexión y acción, experiencia y razón, va a depender cómo miremos al mundo. Tan malo es ir con toda mi bondad de forma irreflexiva como ir con el libro por delante para que todo tenga que entrar en el libro. Y esto, que parece una evidencia, lo considero un elemento fundamental en este momento: saber hacer reflexión sobre la experiencia y experiencia reflexionada.

3.2. El valor de la participación: un *nosotros inédito*

“Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos” (Mt 20, 16)

Hace tiempo escribí que se ha dado una transmutación en el modo de vivir el compromiso. Podríamos decir que hay dos tipos de compromiso: el antiguo, lo de los “padres y madres del compromiso”, que consiste en una firme afiliación a la causa, al partido, a la Iglesia. Implica entrar en la lógica del sacrificio personal. Las personas confundían la causa con su vida. Los cauces políticos eran los tradicionales (sindicato, partido...)... y la ayuda siempre era un signo paternalista. La máxima era: “Yo, defensor y comprometido con la causa, sé lo que va a ocurrir y te voy a sacar del error”. Y nos encontramos ahora con el compromiso de “los hijos/as de la libertad”: un compromiso indoloro, que rechaza el sacrificio, que rinde culto a un dios profano, que está más cerca de la estética que de la ética... De alguna manera, estas son las dos grandes tipologías del compromiso. O bien nos apuntamos a una rechazando la otra, o nos apuntamos a la otro rechazando la una.

Dentro de este transitar en el mundo líquido, creo que no puede haber un compromiso como el que antaño vivíamos. Tiene que ser un compromiso que no es menos profundo pero sí que es mucho más personal, individualizado (no individualista), donde también el gusto y el placer esté presentes, en el que no todo sea “por purito amor de Cristo”. Dirían los psicólogos que no hay conducta psicológica gratuita. Hoy por hoy, el compromiso tiene que estar también lleno de afecto, de ternura, de compasión, de caridad, de sentirnos

bien. Para poder penetrar en el compromiso es necesario aunar la radicalidad con la vinculación con lo humano. Desde esta radicalidad hay un tercer elemento a señalar.

La participación del futuro, o es una participación a la que estemos llamados todos (y todos significa pobres y ricos, los de dentro y los de fuera, los más radicales y los menos) o será una participación que no exista. Hoy por hoy, o convertimos a la víctimas en actores sociales o simplemente estaremos viviendo el narcisismo de nuestra participación. Permittedme que os lea un texto de Salvatore Veca: “Deberían ser tenidos en cuenta pero no pueden hacer oír su voz. Excluidos de la comunidad de los argumentos, tales personas son extranjeros. Excluidos de la reciprocidad de las miradas, son invisibles. Excluidos de la comunicación pública, son mudos. Incluir a los excluidos. Permitir el uso de la palabra a quien, social e institucionalmente, está sancionado como mudo se cuenta entre los deberes que se desprenden de nuestra genérica y preciosa idea de igualdad”.

Hoy no debería haber voces de los de dentro y voces de los de fuera. Sino que debería haber una voz construida por muchos cantos, muchas sensibilidades, con muchos matices plurales. Hoy, la participación o es plural o no es participación. Una de las cosas que estábamos viendo ayer en Bruselas es cómo hacer para que al Parlamento no hablemos las organizaciones sociales por los pobres sino que sean ellos mismos los que hablen al Parlamento. Cómo vehicular que las personas sin hogar en España vayan un día al Parlamento Europeo y digan: “No tengo casa”. Y decirlo no sólo con una manifestación fuera, que también, sino con el derecho ciudadano a la palabra, tanto como yo, que soy Secretario General de Cáritas. O más que yo.

Los movimientos sociales que se produjeron en la Francia de la década anterior (movimiento de los sin papeles, de mujeres prostitutas, de los hijos de Don Quijote con personas sin hogar) son una ejemplo de la vía que tenemos que transitar. Y esto, que suena muy bonito, significa que tenemos que morir a nuestras seguridades. Y eso duele. Y nos rompe. Que los otros participen implica que nuestro papel en la participación es en igualdad de oportunidades y nunca prioritario ni por encima. Esto es muy importante. Y dentro del ámbito cristiano y de la VR más. Construir compromiso y dignidad humana pasa por reconocer el papel activo y en igualdad con los otros y con los más hundidos,

últimos de nuestra sociedad. Que otros participen significa morir a “nuestro propio amor, querer e interés”. Y eso es algo que no vivimos con facilidad.

3.3. La construcción de *comunidades de contraste*

“Y constituiréis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios” (Ez 36,26)

En tercer lugar, una llamada a dignificar lo humano la encontramos en eso que Lofhink llama “comunidades de contraste”. Como él mismo dice, “la tarea decisiva de la Iglesia consiste en edificarse a sí misma como sociedad de contraste en el mundo, como espacio de soberanía de Cristo en el que el amor fraterno es ley de vida. Efectivamente cuando la Iglesia hace esto, la sociedad pagana comprende el plan de Dios para el mundo”. Vivimos en una sociedad líquida en el que los discursos son vanos si no hay un testimonio detrás. No nos sirve de nada hablar de solidaridad, de igualdad, de fraternidad cuando después no las vivimos entre nosotros. Un ejemplo que utilizo mucho es la relación entre las distintas parroquias, que podría ser entre las distintas congregaciones religiosas. Eso de: “Los de San Fernando no tienen ni idea, aquí en San Antonio sí que somos buenos”. Cuando a mí me preguntan cuál sería el testimonio mejor de la Iglesia hoy siempre digo: “Que nos quisiéramos un poquito, aunque sea un poquito solo”. Cuantas personas se han echado atrás por malos testimonios de las comunidades cristianas o de las comunidades religiosas.

Tenemos que ser contraste en este mundo. Y eso significa que se vea cómo nos queremos. Algo tan simple como darnos ternura, acompañarnos... Significa también cómo y dónde vivimos. Como utilizamos nuestros medios, cuáles son nuestra prioridades pastorales, nuestras intensidades, en qué lugar del mundo nos colocamos, a quién votamos, en qué movimientos sociales nos apuntamos, Hoy por hoy, o la Iglesia es una sociedad de contraste o el “mundo pagano” (en expresión de Lofhink) nunca va a escuchar nuestros mensajes, por muchas campañas de publicidad que hagamos o muy radicalmente que hablemos o chillemos. Hoy por hoy, o los cristianos somos testigos o no somos nada. O testimoniamos una experiencia personal que nos lleva más allá de lo que somos, o no decimos nada.

3.4. La densidad de la propuesta: los *pequeños fueguitos*

“(…) y Dios enjugará toda lagrima de los ojos de ellos. No habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas ya pasaron” (Ap 21,1-4)

Cuenta Eduardo Galeano en *El libro de los abrazos*: “Un hombre del pueblo Neguá, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo. A la vuelta, contó. Dijo que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos. El mundo es eso- reveló-. Un montón de gente, un mar de fueguitos. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acercan, se enciende”.

Necesitamos pequeños fueguitos en nuestro mundo para saber que la utopía es posible, esa que el mismo E. Galeano dice que “sirve para caminar”. Necesitamos espacios para seguir caminando. Ninguno de los que estamos aquí vamos a cambiar el mundo, ni siquiera todos juntos. Pero sí podemos ir cambiando pequeñas cosas que hagan creíble que el mundo pueda cambiar. Es aquello de Freire, también tan repetido, del “inédito viable”: hay cosas que son viables aunque sean inéditas. Y nosotros podemos hacerlas reales, podemos ponerlas en acto. Y no cambian el mundo pero nos permiten hacer ver que el mundo puede cambiar. Necesitamos, como dice Hanna Arendt, “esperar a que se concentre el coraje necesario en la raíz de toda acción, el coraje que hace que un hombre y una mujer se conviertan en un ser actuante, de aquellos que pueden aguantar la pasión de la vida en las condiciones de desierto”. Y ese coraje nos lo va dar la posibilidad de crear pequeños fueguitos... o para tratar de aguantar el desierto de la vida y abrir paso al “inédito viable”.

También es necesario rescatar el valor del sentido. Hay un libro de Fernando Vidal que se llama “Pan y rosas”. Intenta poner de manifiesto que la vida de las personas pasa por tener pan y por tener rosas (sentido, vinculación, afecto, ternura...). Tenemos que redescubrir que cuando nosotros actuamos, estamos compartiendo también sentido. Montesquieu en “El espíritu de las leyes” dice: “las personas que en sociedad se amolda a

los pensamientos y a las impresiones de los demás, es capaz de conocer su propia naturaleza cuando alguien se la muestra. Pero también es capaz de perder el sentido de ella cuando se la oculta". Las personas somos unos seres tan complejos que tenemos capacidad para construir un campo de concentración pero también tenemos la dignidad y el coraje de ir a la cámara de gas rezando el Padrenuestro. Compartir el sentido es algo fundamental.

Cuando yo empecé en esto de la exclusión hace ya tiempo, hablar de Dios a las personas excluidas era poco menos que pecado. Y después de muchos años, hoy, yo digo: "¿Qué es lo más bonito que yo tengo? Mi experiencia de Dios". Y ¿por qué no puedo hablar de ella? ¿Por qué me castran de esa manera, por qué no es adecuado? Hemos de compartir, también, el sentido de nuestra vida. Otra cuestión es ir con el hisopo bautizando a todo el mundo. Yo me descubrí hablando con la gente de fútbol, de mi novia, hace tiempo, o de mis hijos después... de política... pero no podía hablar de Dios porque eso estaba mal visto. Eso era proselitismo.

Hoy hemos de preguntarnos: ¿cómo hablar de Dios sin ser proselitista, pero sin renunciar a hablar de El? Otra cosa es cómo hablemos, de qué manera, con qué objetivo... Pero el sentido de la vida, lo más precioso que tenemos, hemos de compartirlo y tenemos que mostrarlo y dialogarlo. Hoy se abre el campo del diálogo interreligioso. Dialogar con otras religiones no quiere decir sólo escribir grandes libros sobre el diálogo interreligioso, el diálogo se puede practicar, conviviendo con otras religiones, compartiendo nuestra experiencia. No podemos resignarnos a dar solo pan. Nuestro compromiso con la dignidad humana nos pide que compartamos también rosas. Y nosotros tenemos rosas, teniendo en cuenta que compartirlas no es clavarles nuestras espinas.

3.5. Impregnar lo público: comunidades deliberativas

"Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura" (Mt 6,33)

Por último, impregnar lo público. Si yo tuviera que decir, así resumidamente, cuales son los mayores males de la sociedad actual (en el aspecto ético), yo diría que son dos: el

individualismo y el consumismo. Y si me dijeran: ¿Y no hablas de la pobreza? diría que la pobreza del mundo es consecuencia de la estructura individualista y consumista que tenemos. Ese individualismo nos lleva a que los espacios de deliberación pública estén prácticamente vacíos. Uno de los elementos más fundamentales hoy es construir el debate público. Es muy curioso que cuando sales al extranjero y explicas la situación política y eclesial de España la gente no te entiende. Es verdad que en todos lados hay problemas pero no entienden la falta de debate que hay en España. Y cuando digo debate, digo espacios públicos donde compartamos lo que pensamos, lo que somos, lo que tenemos. Decía Hanna Arednt que “una sociedad que no piensa es una sociedad totalitaria”. En ese sentido, yo sí que afirmo que la sociedad en que vivimos es una sociedad totalitaria porque vivimos del supermercado de lo ajeno, con grandes tópicos, con grandes formulaciones en trazo grueso que nunca afinamos.

4. *Si calla el cantor calla la vida*”

“Para educar a un niño hace falta toda la tribu” (Proverbio africano)

Me gustaría terminar con eso de Mercedes Sosa: “si calla el cantor, calla la vida”. Esa es nuestra primera misión en el compromiso con la dignidad humana: cantar la vida. Todos somos cantores. “Para educar a un niño hace falta toda la tribu”, dice el proverbio africano. Para educarnos todos voy a proponeros tres “cantos” que hemos de cantar si queremos caminar en las posibilidades de transformación en lo social. Pero sabiendo que la coral ha de ser polifónica porque si no, nos vamos a condenar al olvido; que ha de tener matices y ser plural, con sus tonalidades porque un solo sonido agota la posibilidad de futuro; que con una sola nota es imposible que se de un concierto y que toda absolutización en lo social nos incapacita para descubrir los verdaderos pliegues de la realidad.

La primera invitación es a **tener una presencia social cualitativa**, no mitificada ni amplificada en los medios de comunicación sino una presencia que es “música callada” en los lugares de sufrimiento humano, preñada del “inédito viable”, que sabe enternecerse y escuchar el clamor de los oprimidos que siguen gimiendo con dolores de parto. Una presencia que descubre al prójimo en el próximo y en el que está lejos, que sabe rescatar la

solidaridad en la vida cotidiana y no sólo cuando vamos al proyecto o hacemos nuestra acción como voluntarios. Una presencia que se tiene que manifestar en la ausencia de recompensa o de interés propio y que sabe desfondarse en el otro y para el otro (“muero porque no muero”). Esto es, en definitiva, descubrir que estamos llamados a dar gratis lo que gratis hemos recibido. La recompensa no podemos catalogarla con ningún precio: “Solo el necio confunde valor y precio”. Debemos descubrir lo valioso en un mundo en el que a todo se le pone precio: cuánto somos, cuanto tenemos, cuántas personas hemos atendido. Sabiendo que eso no significa renunciar a los medios, a la racionalidad y lo instrumental.

Esa presencia tiene que saber reconocer que la ausencia de derechos de millones de personas nos convierte a los demás en sustentadores de privilegios de unos pocos. Música callada pero que sabe enternecerse con los últimos y construir vida y vida en abundancia.

El segundo “canto” quiere ser una **llamada al juicio político**. Es muy común que en las organizaciones sociales digamos que somos apolíticos. Yo digo que no existe una organización que no sea política, ni una Iglesia que no sea política. Otra cuestión es que seamos apartidistas, pero políticos debemos ser hasta la médula por que si no, ni seríamos ciudadanos ni seríamos cristianos. Y hago una llamada, urgente y emergente en el sentido que le habéis dado a estas Jornadas, al juicio político para generar pensamiento en acción y acción desde pensamiento. Pensamiento encarnado y parcial hacia las víctimas de nuestro mundo. Pensamiento que es, como dice el bolero “alma, corazón y vida” y no cálculos instrumentales carentes de sangre y carne en sus venas. Ha de ser un pensamiento que tiene que ser conformado no por la visión a lo lejos sino por la trama compartida con los ninguneados de la sociedad. Juicio que tiene que rescatar el valor de lo subversivo y la disidencia, que sabe reconocer la injusticia sangrante de nuestro mundo. Juicio que sabe mirar la realidad preñada de malas noticias anunciando y llevando en sus venas una buena noticia. Juicio que hoy más que nunca le diga a la razón, fría y calculadora, lo que Machado le decía: “Mientes tú, razón, que dices lo que no sientes”.

Por último, **rescatar el ingenio**, el arte de lo posible, sabiendo tensionar la realidad hacia lo utópico y la utopía hacia la realidad. No hay cosa que haga más daño que una utopía

desencarnada o que el no ver la utopía. Saber traer la realidad a la utopía y la utopía a la realidad es otra necesidad de nuestro mundo. Ingenio que saber mirar la sociedad en la que vivimos preñada de posibilidades de un mundo nuevo, que debe soñar con Luther King eso que él soñó: que los niños negros y blancos de Alabama corrieran juntos. Hoy podemos soñar que los niños de África y España corran juntos porque no hay África ni hay España. O soñar con Galeano que el niño rico come con el pobre, no porque el rico comparta con el pobre sino porque no hay ricos ni pobres. O cantar con Llach que sólo sabemos cantar para decirnos que hay un mundo nuevo, ya, germinal, en este mundo en el que tanto nos cuesta vivir. Ingenio que sepa anunciar, que sepa denunciar y sepa también renunciar a nuestros privilegios.

Hoy, como decía Neruda, “algo deber germinar, crecer y latir entre nosotros. Hoy hay que dejar establecida, de una vez y para siempre, la nueva ternura del mundo”.